





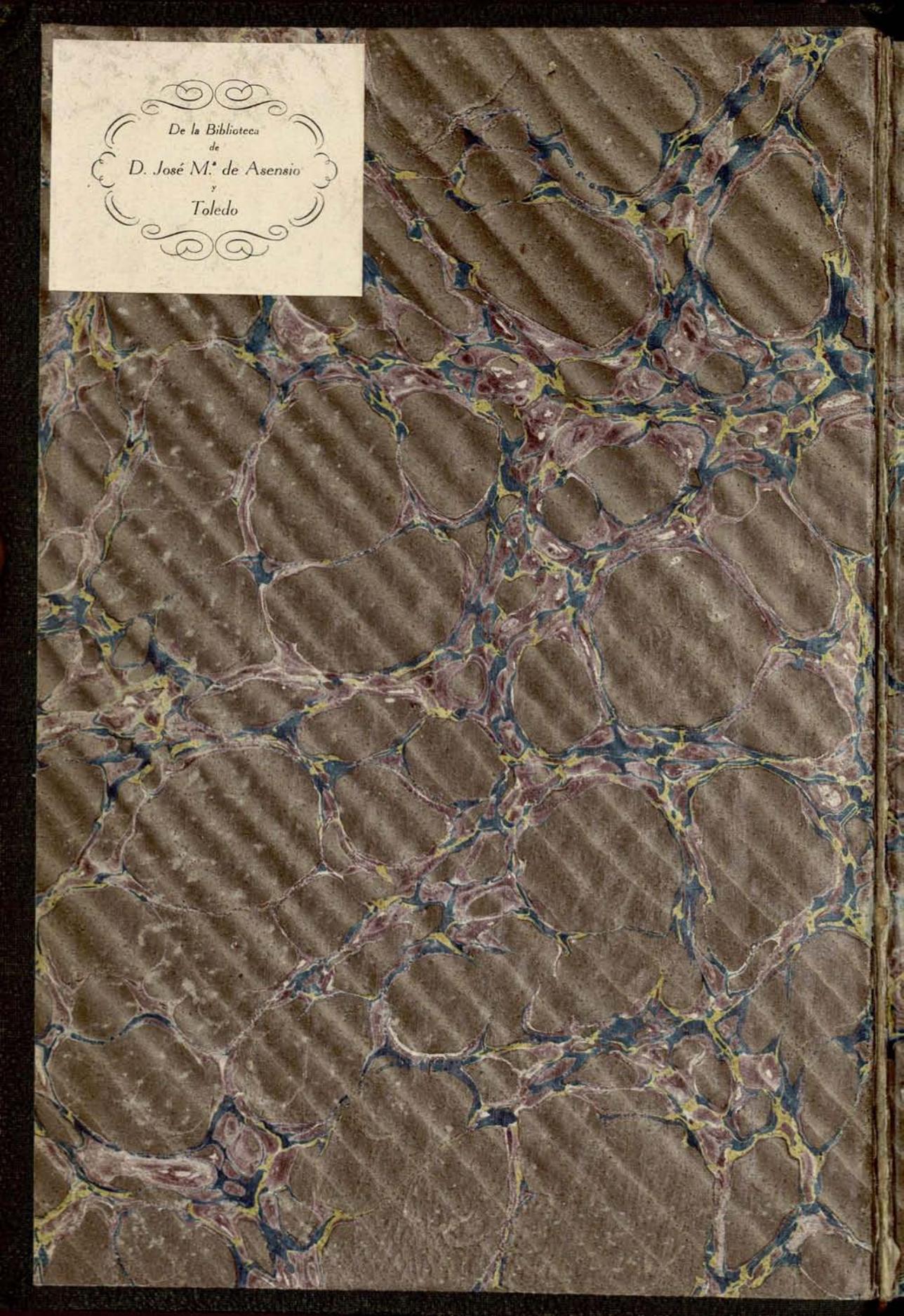
TEATRO  
MODERNO



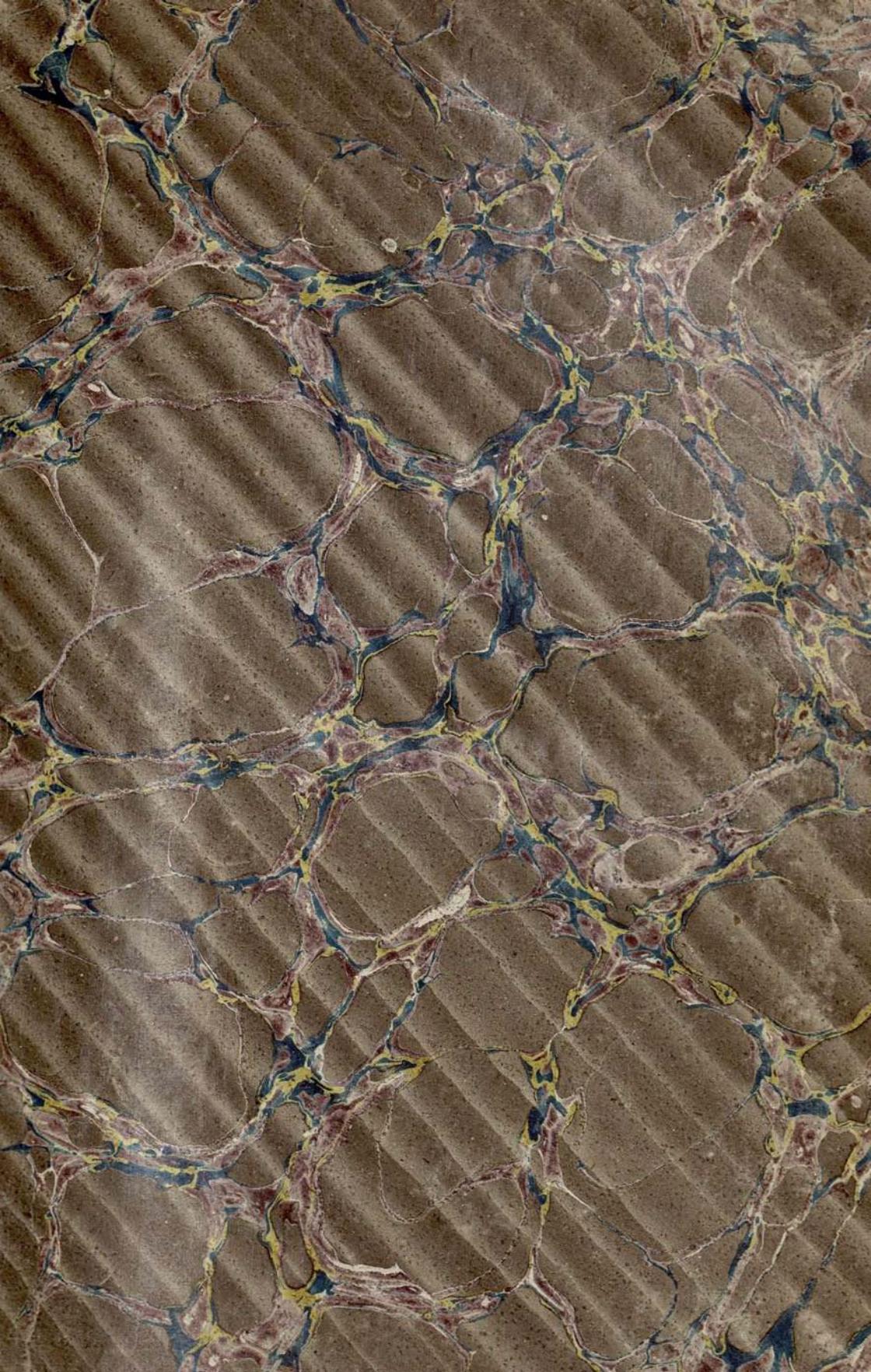
MARTZENBUSE





The image shows the front cover of an antique book. The cover is decorated with marbled paper, featuring a pattern of irregular, organic shapes in shades of brown, blue, yellow, and red. The marbling is set against a darker, textured background. In the upper left corner, there is a rectangular, cream-colored paper label with a decorative, scalloped border. The text on the label is printed in a classic serif font. The book's spine is visible on the right side, showing the binding structure.

De la Biblioteca  
de  
D. José M.<sup>a</sup> de Asensio  
y  
Toledo



# VIDA POR HONRA,

MEMORIA DE DON ANTONIO DE GONZALEZ

DE DON JUAN VICENTE MARTINEZ

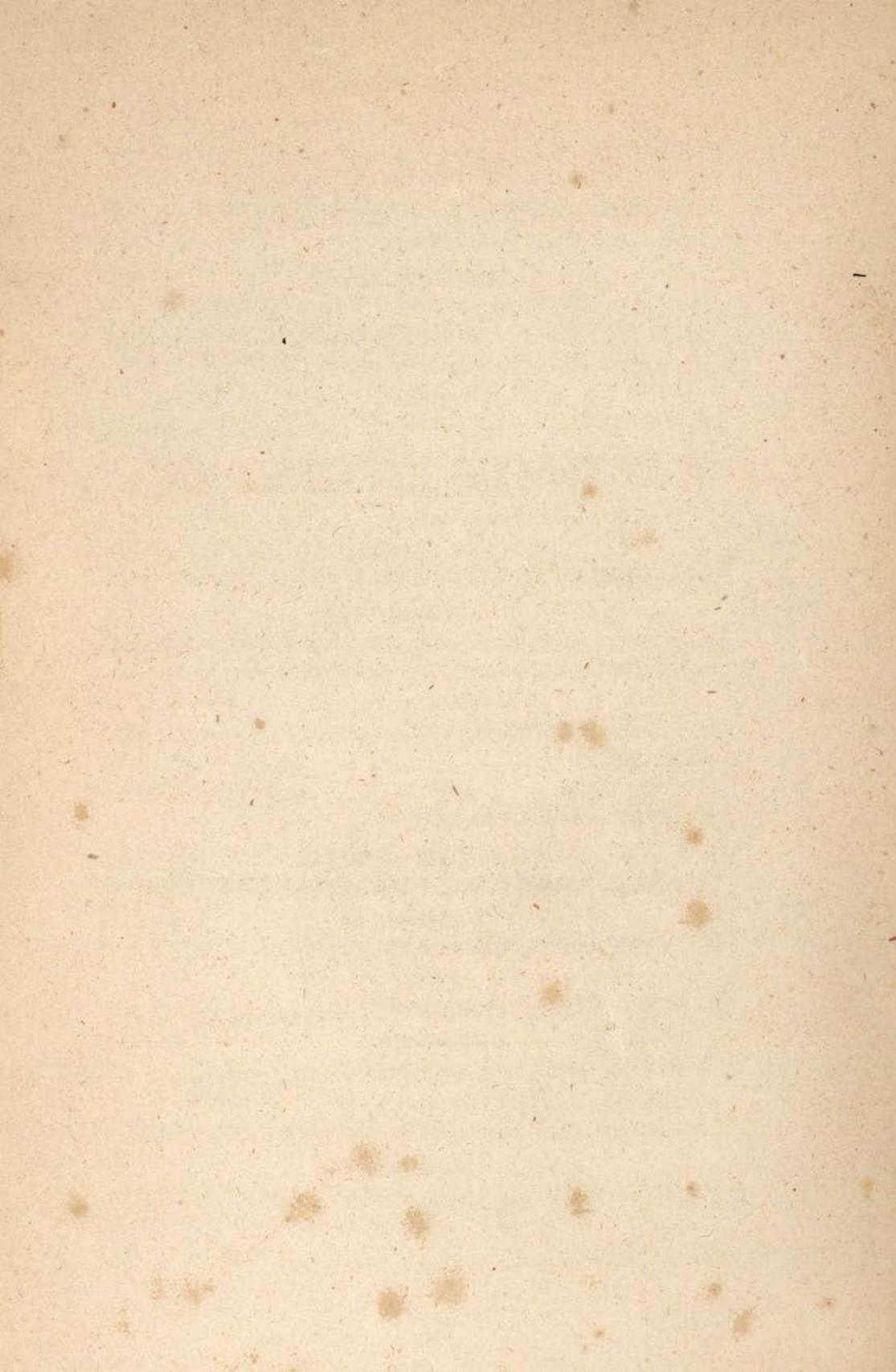
Escrito por el Sr. D. Juan Vicente Martínez  
y publicado en el año de 1854.



Madrid

M. ALONSO

Imprenta de don Juan Vicente Martínez, calle de San Mateo, número 10.



5

# VIDA POR HONRA,

DRAMA EN TRES ACTOS, EN PROSA,

DE

**D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.**

Obra estrenada en el Teatro del Príncipe  
á 9 de Octubre de 1858.



N.º 321.

MADRID.

IMPRENTA DE C. GONZALEZ, S. ANTON, 26.

1858.



# VIDA POR HONRA

LIBRO EN TRES ACTOS EN PROSA

D. JUAN FIGUEROA HARTENBURSCH

Obras estrenada en el Teatro del Príncipe  
el 9 de Octubre de 1888.



MADRID

1888

Esta obra, es propiedad de DON PABLO AVECILLA, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 18 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844, y Ley sobre la propiedad literaria de 10 de Junio de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que distingue á los legítimos.

**PERSONAS DEL DRAMA.**

**ACTORES.**

DON JUAN DE TÁSSIS ó TÁRSIS, <i>Conde de Villa-</i> <i>mediana.</i> . . . . .	SR. D. JOSÉ VALERO.
GABRIEL TOVAR. . . . .	SR. D. FERNANDO OSSORIO.
PAULA REINA. . . . .	SRA. DOÑA JOSEFA PALMA.
JUSEPA REINA, <i>niña.</i> . . . .	SRTA. DOÑA RAFAELA TIRADO.
DON DIEGO FRANCOS DE GARNICA, <i>Alcalde de</i> <i>Casa y Córte.</i> . . . .	SR. D. JERÓNIMO SUNYÉ.
PEDREGUERA, <i>Escribano</i>	SR. D. EMILIO MARIO.
ALONSO MATEO. . . . .	SR. D. ANTONIO PIZARROSO.
SANTOYO. . . . .	SR. D. BENITO CHAS DE LA- MOTTE.

LA MARQUESA DE TORAL.—DOÑA GUIOMAR.—INÉS.—PE-  
TRONILA.—CABALLEROS.—UN CIEGO.—UN ROSARIERO.—  
UN ALOJERO.—UNA FRUTERA.—UN SANTERO.—MANCEBOS  
DE TIENDA.—UN ESCUDERO.—UNA DUEÑA.—ALGUACILES.—  
PUEBLO.

[La acción pasa en Madrid, año de 1622.

# ACTO PRIMERO.

Sala baja de una casita en la calle del Arenal. A la mano izquierda del espectador, puerta que da á la calle; á la derecha, otra puerta que comunica con las piezas interiores. En el fondo, un armario embebido en la pared. Una mesa con varios papeles y recado de escribir; sillas y otra mesa de escaparate. Un par de cuadros en las paredes.

## ESCENA PRIMERA.

GABRIEL, *descubierto y en cuerpo; el Alcalde de Corte D. DIEGO FRANCO DE GARNICA, el Escribano PEDREGUERA y varios ALGUACILES, todos saliendo por la izquierda.*

ESCRIB. No habeis tardado poco en abrir la puerta!

GABRIEL. Lo que habeis tardado en decir quién sois.

ESCRIB. La Justicia, en el modo de llamar se conoce.

GABRIEL. La conocerá quien la hubiere oído. Como es la primera vez que tengo la honra de veros por mi casa...

ALCALDE. Dad al Escribano las llaves de ella, porque van á registrarla toda en nombre de S. M. Don Felipe IV.

GABRIEL. Las puertas ó trastos con llave la tienen consigo. No hay cosa de interes que guardar aquí.

ALCALDE. (*A los Alguaciles.*) Haced ese reconocimiento con escrupuloso cuidado. (*Registran dos Alguaciles el escaparate, no hallan lo que buscaban,*

y cierran. Otros abren el armario del fondo, en el cual aparecen una capa y un sombrero, cada cosa en su percha, y una espada debajo, sostenida horizontalmente en dos ganchos. Cierran el armario, y se entran todos los Alguaciles por la puerta de la derecha.) Sentaos, Pedreguera. (A Gabriel.) Formad la señal de la Cruz, mancebo. ¿Jurais por Dios N. S. decir la verdad en cuanto se os pregunte?

GABRIEL. Sí juro. (*Siéntase el Escribano y escribe.*)

ALCALDE. Cómo os llamais?

GABRIEL. Gabriel Jimenez.

ALCALDE. Vuestra patria.

GABRIEL. Valladolid.

ALCALDE. El estado.

GABRIEL. Soltero.

ALCALDE. Nombres de vuestros padres.

GABRIEL. Segun mi partida de bautismo, que podrá vueseñoría ver en ese legajo (*El que está sobre la mesa.*), soy hijo de Gabriela Jimenez y de padre desconocido.

ALCALDE. Con qué motivo os hallais en Madrid?

GABRIEL. Con el de buscar acomodo en alguna casa principal.

ALCALDE. Y ¿de qué deseais acomodaros?

GABRIEL. De secretario, de mayordomo, de picador... cualquier empleo de pluma... ó de espuela.

ESCRIB. ¿Picais con pluma, eh?

ALCALDE. Veamos cómo la maneja. Levantaos, Pedreguera: dejad el puesto al señor Gabriel, para que escriba lo que yo le dictare.

GABRIEL. Con mucho gusto, señor Juez. (*Se sienta.*) ¿Qué papel tomo?

ALCALDE. Con una cuartilla teneis de sobra. (*Saca el Alcalde un papel y recórrelo.*) Sólo vais á escribir diez renglones.

ESCRIB. Y cortos.

ALCALDE. Una décima.

GABRIEL. Dicte vueseñoría.

ALCALDE. Aguardad que elija. (*Mira el papel.*) Mmmm... (*Lee como para sí.*)

«Noble y no, clero y seglares  
ven con amargos pesares

- á España de muerte enferma:  
herida del tonto Lerma,  
sabio la mata Olivares.»
- ESCRIB. Ahí va ese puñado de honra!
- GABRIEL. Es eso lo que debo escribir?
- ALCALDE. No, esto otro. (*Dictando.*) «Honestos, aunque gallardos...»
- GABRIEL. (*Escribe, y lee despues.*) «Honestos, aunque gallardos...»
- ALCALDE. (*Dictando.*) «Los Reyes de España, ya...»
- GABRIEL. (*Leyendo lo escrito.*) «Los Reyes de España, ya..»
- ALCALDE. (*Dictando.*) «Desde Cárlos Quinto acá...»
- GABRIEL. (*Escribe, y luégo dice.*) «Desde Cárlos Quinto acá no sacan pollos bastardos.»
- ALCALDE. Hola! Sabeis de memoria esa horrible sátira?
- GABRIEL. Como la sabe todo Madrid.
- ALCALDE. Pues escribid la décima entera.
- GABRIEL. (*Repite.*) «Honestos, aunque gallardos,  
los Reyes de España, ya  
desde Cárlos Quinto acá  
no sacan pollos bastardos.»  
(*Dictase y escribe.*)  
«Faldellin de picos pardos  
al nuevo Rey alborozá;  
tendrá de Leonor Mendoza  
un real bastardo flamante:  
dé Dios el cielo al infante,  
y á Leonor... tunda y corozá.»
- ALCALDE. Mostrad acá lo que habeis escrito.  
(*Da Gabriel la décima al Alcalde.*)
- ESCRIB. Comparemos, señor don Diego.
- ALCALDE. Estas ees son muy cerradas de ojo.
- ESCRIB. Las de aquí muy abiertas.
- ALCALDE. Estas haches son de las ligeras, de figura de cinco.
- ESCRIB. Las de aquí son de enlace, de ele con i.
- ALCALDE. Las bees de mi papel...
- ESCRIB. Tienen la barriga muy ancha.
- ALCALDE. Lo contrario de estotras.
- ESCRIB. Cierto. Vista la diferencia de letra de un papel y otro, no cabe dudar que son de la misma pluma y la propia mano.
- GABRIEL. De la misma pluma pudieran ser, porque toda

la vecindad se sirve de mi tintero; de la propia mano, bah! eso no.

**ALCALDE.** La verdad es que estas formas de letra no se parecen cosa; pero tal cuestion corresponde á peritos. ¿Cómo habeis adquirido vos conocimiento de este papel?

**GABRIEL.** Vueseñoría no puede ignorar que, hace una porcion de noches, se encuentran copias de él á docenas encima de los guardacantones de las esquinas.

**ALCALDE.** Y ¿quién es el autor de estas coplas?

**GABRIEL.** Señor Alcalde, el autor... no soy yo.

**ALCALDE.** Pero vos debéis conocerle.

**GABRIEL.** No creo haber dado lugar á esa suposicion.

**ALCALDE.** Cabalmente por haberle dado, vengo á vuestra casa, Gabriel. ¿Dónde os hallábais anoche á las nueve y media?

**GABRIEL.** En la taberna de Melchor, cerca de Palacio, calle del Tesoro del Rey.

**ALCALDE.** Y ¿de qué se habló allí más principalmente?

**GABRIEL.** De la sátira contra los ministros.

**ALCALDE.** Parece que todos allí se la atribuyeron...

**GABRIEL.** A ese señor, cuya casa da espaldas á ésta, con la calle del Arenal en medio: al señor Conde de Villamediana Don Juan de Társis, Correo mayor de S. M.

**ALCALDE.** Vos solo sostuvisteis, y con mucho empeño, que el señor Conde de Villamediana no debia ser el autor de la sátira.

**GABRIEL.** Han informado exactamente á vueseñoría.

**ALCALDE.** Habiendo sostenido vos que estos versos no eran obra del señor Conde de Villamediana, debemos suponer que os consta son de otro.

**GABRIEL.** Si vueseñoría quiere saber por qué hablé yo así, dignese concederme unos breves instantes de audiencia privada.

**ESCRIB.** ¡Cómo? Sin mí! ¡Sin que se pongan por escrito vuestras declaraciones?

**GABRIEL.** Lo que voy á decir al señor Alcalde no debe escribirse.

**ALCALDE.** Retiraos, Pedreguera. (*Váse el Escribano.*)

## ESCENA II.

EL ALCALDE. GABRIEL.

ALCALDE. Hablad.

GABRIEL. Señor Alcalde, aunque viene vueseñoría con oficio de juez, yo le voy á hablar como á caballero. Yo soy hijo natural de Jorge Tovar.

ALCALDE. ¿De Don Jorge el Ministro!

GABRIEL. Jorge Tovar, Secretario del Real Patronato, Ministro desde el tiempo del Duque de Lerma, es el desconocido á quien se refiere mi fe de bautismo. Jorge Tovar conoció á mi madre cuando era soltero; quiso casar con ella á tiempo aún para reparar la falta cometida por ambos; y su familia se lo impidió: mi madre es hija de un tendero, y mi padre noble. Mi madre se entró monja en Valladolid; mi padre se casó, precisado por el suyo; me crió mi abuelo; privó mi padre con el Duque de Lerma, y llegó á ocupar ese puesto eminente.—Si conoce vueseñoría á la esposa de mi padre, sabrá que es una excelente mujer.

ALCALDE. Una santa, es cierto. Proseguid.

GABRIEL. Jorge, ántes de casarse, declaró á esa virtuosa dama que era padre de un hijo. «¿Cómo ha de ser? contestó ella: reconocedle.—Mi familia se opone.—Pues aguardemos á que se pueda, sin que nadie se oponga.» Aguardaron; fueron muriendo los enemigos de mi madre; llegó el día en que mi padre envió á Valladolid por mí; pero cuándo llegó? Cuando toda España habia levantado el grito contra el Duque de Lerma y contra sus hechuras; cuando corrian de mano en mano por ciudades y villas, entre toda clase de gentes, aquellas alevosas décimas, aquellos venenosos libelos, atribuidos al Conde de Villamediana, en que al Duque de Lerma y á Don Rodrigo Calderon se les trataba de ladrones, al Duque de Osuna se le llamaba traidor y parti-

dario del Turco, al Presidente de Castilla borracho, al Patriarca patricofre, y al Confesor del Rey fraile sin crianza ni entendimiento... Vue señoría sabe mejor que yo...

ALCALDE. Adelante, Gabriel.

GABRIEL. Tambien se mentaba á mi padre en aquellas décimas. El vil autor de la infame sátira no quiso confundirle con los demas á quienes heria; buscó el lado más sensible para lanzar á Jorge el mortifero dardo de la calumnia: le acusó de judío.

ALCALDE. Así fué!

GABRIEL. Cuando mi abuelo me anunció que mi padre estaba resuelto á reconocerme, yo rehusé dejarme reconocer. Un judío en España es un reo con pena de muerte en fuego y con oprobio para toda su descendencia: más vale carecer de padre que tenerle infamado.

ALCALDE. Pero vos habeis dicho ya que era una calumnia.

GABRIEL. Pero, en primer lugar, yo no lo sabía entónces, y en segundo, la calumnia tiene la dicha de que, más ó ménos, todos la creen; y en siendo gorda, por mucho que la opinion rebaje, siempre queda para perder á un hombre de bien. Con que yo le dije á mi abuelo: «Enviadme á vivir algun tiempo en Madrid hasta que averigüe si es cierto ó nó lo que se canta de mi padre: como él nunca me ha visto, podré poner el hecho en claro más fácilmente. Si resulta cierta la inculpacion, guarde su apellido el Sr. Tovar para su hija y sus hijos legitimos; el ilegítimo lo renuncia: si la acusacion es mentira, yo sabré quién es el calumniador, y le haré desdecirse.» —Con este objeto ando por Madrid entremetiéndome en todas las casas de conversacion; y anoche, como otras, estuve en la taberna de Melchor, calle del Tesoro.

ALCALDE. Falta ahora que me expliqueis...

GABRIEL. Allí todos afirmaban unánimes que la sátira nueva contra el Conde de Olivares y su gobierno era del Conde de Villamediana. «Lo dudo (replicaba yo), porque años há, todo el mundo decia que las sátiras contra el Duque de

Lerma eran tambien de Villamediana; y hasta hoy nadie sabe quién las compuso.» Yo esperaba que saliese alguno diciendo: «Sí; el Conde de Villamediana ha compuesto todos esos papeles, y yo lo sé por este ó por el otro conducto.» Pero nada: cada cual queria que se le creyera bajo su palabra sin dar prueba admisible: y esta es la hora en que sólo sé que mi padre es un ministro recto y desinteresado y un fiel católico; que le difamó pérfidamente un coplero impostor; y que no puedo dar con él. Vea vueseñoría el motivo de lo que dije anoche en defensa, más aparente que real, del Sr. Conde de Villamediana.

**ALCALDE.** De modo que vos aún no os habeis presentado á Jorge Tovar.

**GABRIEL.** Ni me pondré delante de él hasta que deshaga la calumnia que ha manchado su nombre.

**ALCALDE.** No alcanzo el por qué.

**GABRIEL.** Señor Alcalde, entre los medios que use yo para descubrir á ese hombre, ¿no los pudiera haber que no mereciesen la aprobacion de mi señor padre?

**ALCALDE.** Sí, y la mia ménos: con que ved lo que haceis.

**GABRIEL.** En todo caso, espero que vueseñoría no dirá á mi padre, ni á otra persona, palabra de cuanto le he confiado.

**ALCALDE.** Yo os lo prometo con una condicion.

**GABRIEL.** Cuál?

**ALCALDE.** Mirad, Gabriel. Ya inferiréis de mi porte con vos que yo, por mí, no vengo armado de excesivo rigor. La sátira contra el Conde de Olivares tiene muy ofendido á S. M. y muy deseoso de descubrir y castigar al autor maldiciente. El Conde de Olivares está persuadido de que el autor es el Conde de Villamediana; y aunque hoy son enemigos entrambos Condes, el de Olivares cuida de que el Rey no llegue á conocer al ingenio mordaz, porque ahora el castigo seria espantoso. Quiere dirigir un aviso oportuno al de Villamediana, y por mi conducto vais á dárselo vos.

**GABRIEL.** ¿Yo, señor Alcalde!

ALCALDE. Hay quien dice que las copias de la sátira nueva... todas están escritas por vos.

GABRIEL. No ha visto vueseñoría mi letra?

ALCALDE. La que haceis con la mano derecha sí; la de la izquierda, todavía no la conozco: parece que sois pendolista ambidextro.

GABRIEL. Pero ¿cree verosímil vueseñoría que sirva al Conde quien, como yo, debe ser su enemigo?

ALCALDE. Servir á un enemigo para espiarle y sorprenderle no es cosa fuera de lo hacedero. Gabriel Tovar, decid al Conde de Villamediana que su vida corre peligro, si no se reconcilia con Olivares; que el Conde perdonaria esa sátira si la hubiese escrito un hombre sin nota; pero á D. Juan de Társis, Conde de Villamediana segundo, no es lícito vituperar la conducta de nadie.

### ESCENA III.

JUSEPA.—EL ALCALDE. GABRIEL.

JUSEPA. (*Dentro.*) Deje el paso libre, mostrenco.

UN ALG. (*Dentro.*) Vaya á la calle la mocosa.

OTRO ID. (*Id.*) Déjala tú: entrar pueden todos, salir ninguno.

JUSEPA. (*Dentro.*) Lo ve usarcé, seor fantasmon?—(*Salte.*) Alabada sea la Virgen del Carmen, señores. Beso las manos á usiría, señor don Diego.—(*A Gabriel.*) Me alegro mucho de veros vivo, señor Gabriel.

GABRIEL. Jusepita, muy bien venida seas.

JUSEPA. ¿Qué habeis hecho, que anda la Justicia á vueltas con vos?

ALCALDE. Por ahora no le amenaza grave daño. Pero, ¿á qué vienes tú aquí, niña?

JUSEPA. El señor Gabriel no ha pasado por nuestra calle ni ayer ni anteayer: con que vengo á saber de su persona, de parte de mi hermana.

ALCALDE. Y ¿quién es tu hermana?

JUSEPA. Pues qué! no se acuerda de mí usiría? Pues algunas veces he estado en su casa. A mi herma-

- na y á mi nos conoce todito Madrid. Soy Jusepita Reina, hermana de Paulita Reina, la dibujante de bordados de la calle del Cármen, covachuela del centro.
- GABRIEL. La que llaman la Francesilla.
- JUSEPA. Sin ser gabacha.
- ALCALDE. Por haber estado algun tiempo en Bayona: ya sé.
- JUSEPA. El dibujo de esas vueltas es de mi hermana. (*Las del Alcalde.*)
- ALCALDE. Concurre con frecuencia á tu casa el señor?
- JUSEPA. A casa de la Francesilla concurren solitos el aguador y el carbonero. Mi hermana no habla con hombre nacido sino en la covachuela, á puerta de calle, donde todo el mundo vea y oiga lo que se hace y se dice. Más de cuatro ricotas quisieran la reputacion de la Francesilla.
- ALCALDE. En efecto: Paula Reina es una doncella honradísima. Qué habla con ella el señor Gabriel?
- JUSEPA. Le dice que es guapa: eso se lo dicen muchos.
- ALCALDE. Y qué más añade?
- JUSEPA. Que se quiere casar con ella: eso ya no se lo dicen tantos.
- ALCALDE. Y ella ¿qué responde?
- JUSEPA. Calla y dibuja, y suele echar el dibujo á perder.
- ALCALDE. (*A Gabriel.*) Casi se os debia prohibir el pasar por la calle del Cármen. A la Francesilla le haceis perjuicio.
- JUSEPA. Paula no se queja, señor.
- GABRIEL. (*A Jusepa.*) Dile que en estos dos últimos dias no he tenido un momento libre; que, si me lo permite el señor Alcalde, iré luégo á verla.
- ALCALDE. (*Llamando.*) Pedreguera!

## ESCENA IV.

ESCRIBANO. ALGUACILES.—*Dichos.*

ESCRIB. Señor...

ALCALDE. ¿Habeis hallado algun papel de los que buscá-  
bamos?

ESCRIB. Ni rastro, señor.

ALCALDE. Firmad lo que habeis declarado, y nos retiraremos, Gabriel. No me descuideis el encargo que os dejo.

GABRIEL. Espero que vueseñoría no echará en olvido mi súplica.

ALCALDE. Os complaceré por ahora. Dadme vuestra fe de bautismo, y cualquiera otro papel que compruebe vuestras declaraciones.

GABRIEL. Tome vueseñoría. (*Le da el legajo que estaba sobre la mesa.*)

ALCALDE. Podeis hablar desahogadamente con el señor Gabriel, Jusepita.

JUSEPA. ¡Yo con un hombre á solas? Y ¡que me azotara luégo mi hermana! Si no hubiese visto gente á la puerta, por la reja de la calle le hubiera hablado.—Señor Alcalde, guarde Dios á usiria: beso las manos á mi señora la Alcaldesa y á la señora hija y á la señora cuñada y á Mari-Sarmiento, la cocinera.—Perdido, á Dios! (*Váse.*)

ALCALDE. A Dios quedad, Gabriel.

GABRIEL. Rendido criado de vueseñoría.  
(*Vánse el Alcalde, el Escribano y los Alguaciles, y Gabriel despidiéndolos.*)

## ESCENA V.

(*Suenan dentro del armario unos golpecitos; vuelve Gabriel, y abre las puertas del armario; ábrese hácia dentro el fondo del mismo, y sale por allí el Conde de Villamediana.*)

EL CONDE.—GABRIEL.

GABRIEL. Señor Conde, venis á tiempo.

CONDE. Desde las ventanas de mi casa que dan á la calle del Arrenal, se ha visto rondar por aquí á ese alcalde farandulero; y he venido á verte por el pasadizo subterráneo.

GABRIEL. Señor Conde, mal va nuestro asunto.

CONDE. ¿Qué te ha dicho el seor Diego Francos de Garnica?

- GABRIEL.** Que correis peligro de muerte, si no haceis las paces con el Privado.
- CONDE.** El Privado, aunque nació en Roma en la casa que fué de Neron, y hace honor al lugar de su nacimiento, no se atreve á matar á un Conde por unas coplas.
- GABRIEL.** Parece que la tempestad viene más alta. El Rey está furioso contra el autor de las décimas, incógnito para él todavía; pero como el Conde de Olivares lo sabe todo...
- CONDE.** Crees tú que lo sepa?
- GABRIEL.** Lo creo firmemente, porque vos habeis dicho á D. Luis de Haro, muy en secreto, que sois el autor de la sátira; D. Luis de Haro, más en secreto aún, se lo ha confiado al Marqués de Alenquer; este señor, con el mayor secreto posible, se lo ha contado á don Pedro Dávila, que está para casarse con la camarista Doña María Tercero, de la cual, secretísimamente informada por su galan, lo ha sabido el Conde.
- CONDE.** Gabriel, tú escribes con dos manos, y sólo hablas con una lengua; pero tal vez se te habrá deslizado...
- GABRIEL.** Mi lengua hasta ahora no ha cometido ningun deslíz. Yo me presenté en vuestra casa pidiéndooos ocupacion en ella, y me preguntásteis qué sabia hacer. Os dió golpe el oirme que tenia dos letras, diferentísimas entre sí, una que hacia con la mano derecha, y otra con la izquierda, que nadie conocia, porque la reservaba para lances extraordinarios. Me propusísteis de allí á unos dias copiar y esparcir un papel satírico insignificante; os serví á satisfaccion y me concedísteis vuestra confianza. Me señalásteis para habitacion esta casita que desde el tiempo de Felipe II. comunica con la vuestra, porque aquí era donde el Correo mayor vuestro padre despachaba á los emisarios secretos; y aquí he recibido vuestras órdenes sin que nadie nos viera. Ni una palabra ni un gesto mio os han hecho traicion: vos habeis sido quien, oyendo á vuestro amigo D. Luis de Haro alabar vuestras coplas, no pudísteis conteneros y le dijísteis no

sólo que vos las habíais compuesto, sino que os las trasladaba yo con la mano zurda. Vos habeis andado más zurdo que yo.

CONDE. No te apures por eso, que hasta ahora yo solo peligro.

GABRIEL. Pero vos haréis paces con el Privado, porque no podeis ménos; el Conde de Olivares aplacará al Rey de modo que vos quedeis libre de su ira; y como en estos lances hay siempre una víctima, lo seré indudablemente yo, si es que me descuido.

CONDE. No te falta razon, y quizá te sobra, porque yo no pienso en una reconciliacion sincera ni firme. Amigo de Olivares en tiempo de Felipe III, trabajé con él para derribar al Duque de Lerma y á su hijo que le sucedió en el ministerio; pero fué con el presupuesto de que Olivares gobernaría mejor que Lerma y Uceda: veo que España no ha ganado nada en el trueque, y digo de Olivares lo que dije de su antecesor.

GABRIEL. De su antecesor y sus paniaguados contábais horrores; el nuevo Rey dió con ellos al traste: uno degollado, otros presos, perseguidos todos, no ha quedado títere con cabeza. Decíais que robaban; las arcas reales van hinchiéndose de confiscaciones hechas á esa gente. Se han llamado Córtes, se ha vencido en una batalla naval á los Holandeses, se ha refrenado el lujo; el Rey, en vez de vivir como su padre, encerrado en su alcázar sin saber lo que sucedia en la Corte, asiste á los Consejos en tribuna secreta, sale, ve y se deja ver, y se informa de todo. En Palacio no ha quedado una persona malquista del público; hasta los franceses y francesas que servian á la Reina regresaron á su pais; y se ha nombrado Confesor de S. M. Madama Isabel al ejemplarísimo religioso trinitario Fr. Simon de Rojas. Todo esto en un año que va desde la muerte de Felipe III...

CONDE. Yo no censuro lo bueno que se hace, sino lo malo: entre tantos aduladores que tiene el poder, aguante un fiscal. ¡Buenos frutos va dando la reforma del lujo! Saquearon los alguaciles

unas cuantas tiendas de la calle Mayor donde se vendian galas prohibidas, y celebraron auto de fé de prendas bordadas: ¿qué hemos adelantado con eso? Que no pudiendo los mercaderes vender bueno y caro, han subido hasta la bayeta y la estopa. Y en cuanto á la ventaja de que el Rey salga por esas calles de dia y de noche, Leonor Mendoza puede informar.

GABRIEL. Ay, señor Conde! lo que he sabido!

CONDE. Qué es ello?

GABRIEL. Que la tal Leonor áun no habia dejado verse del Rey cuando escribísteis contra ella.

CONDE. ¿Cómo?

GABRIEL. Entónces era una muchacha de bien: vuestra décima le quitó el crédito, y el diablo sin duda hubo de decirle al oido: «Ya perdiste la honra, no pierdas el provecho.»

CONDE. Pues ya ves: todo ha sido adelantar la noticia... un correo ganando horas. El Rey debe estarme agradecido en vez de quejoso.

GABRIEL. Pero ¡si deseábais una corozá á esa pobre mujer, cuando merecia la palma de Lucrecia!

CONDE. Hombre... ese es un dicho...

GABRIEL. Que ha producido un hecho.

(Llaman á la puerta del zaguan.)

CONDE. Han llamado: me entraré ahí.

(Váse el Conde por el armario.)

GABRIEL. Quién?

## ESCENA VI.

EL ESCRIBANO.—GABRIEL. EL CONDE, *detrás del armario.*  
Después, ALONSO MATEO.

ESCRIB. (*Dentro.*) Gente de Justicia.

GABRIEL. Ya van. (*Vá á abrir.*)

CONDE. (*Entreabriendo la puerta que forma el fondo del armario.*) Me quedaré aquí para oír lo que sea. (*Vuelve Gabriel con el Escribano y Alonso Mateo.*)

GABRIEL. Qué novedad ocurre, señores?

ESCR. Novedad importante y urgente, señor Gabriel.

Ahí en la calle de la Zarza, á dos pasos de aquí, ha recibido el señor Alcalde un pliego del señor Conde de Olivares, en que se dispone de vos.

**GABRIEL.** Y ¿de qué manera?

**ESCRIB.** Benignísimamente. Se os manda salir de Madrid en el término de dos horas, acompañado del señor Alonso Mateo.

**MATEO.** Servidor vuestro.

**GABRIEL.** Servidor ó amo?

**MATEO.** Llevo el encargo de cuidaros más que á mi persona, y os tengo elegida una mula excelente. No penseis más que en vuestra maleta.

**ESCRIB.** Os presentaréis al Virey de Valencia de aquí á seis días, y él os embarcará para Formentera...

**MATEO.** Una isla pequeña....

**GABRIEL.** Sí, de las Baleares.

**ESCRIB.** No, de las Pitiusas.

**MATEO.** Poca tierra entre mucho mar... una vista soberbia.

**ESCRIB.** Podréis haceros cuenta que estais en un barco que no naufraga.

**MATEO.** Ni produce mareo.

**GABRIEL.** Y ¿por cuánto tiempo se me confina?

**ESCRIB.** Dependerá eso de lo que dure en el favor del Rey Leonorcita Mendoza.

**GABRIEL.** Con que mi destierro ¿viene de ahí?

**MATEO.** Es el estreno de su influencia.

**GABRIEL.** Soy el primero á quien coloca! Debo darle las gracias.

**MATEO.** Linda es como pocas, vengativa como ninguna: sirvale al señor Gabriel de gobierno.

**ESCRIB.** Dice el señor Alcalde que si necesitais dinero, me lo digais.

**GABRIEL.** Decid de mi parte á su señoría que sólo necesito de su silencio.

**ESCRIB.** ¿De su silencio!

**GABRIEL.** Pues.

**ESCRIB.** Ya. Feliz viaje, señor Gabriel.

**GABRIEL.** Señor Pedreguera, salud y pleitos.

**ESCRIB.** Un aviso para la travesía. Si quereis no marearos, oled azafran de la provincia de Cuenca.

**MATEO.** Sí, oliéndolo en Cuenca no se marea nadie.

**ESCRIB.** Hasta que Dios quiera, señor Gabriel.

MATEO. Dentro de un rato me tendréis á la puerta con las caballerías. (*Vanse el Escribano y Mateo.*)

## ESCENA VII.

EL CONDE.—GABRIEL.

CONDE. No sé si he oído bien. ¿Es Alonso Mateo el que ha de ir contigo?

GABRIEL. Así le ha nombrado el Escribano.

CONDE. Mira que no es un alguacil; es un ballestero del Rey, es un asesino.

GABRIEL. Hola!

CONDE. Estuvo condenado á horca, y el Rey le indultó... yo sé por qué. Dime: ¿quieres que te oculte en mi casa? que te envíe disfrazado á otra parte?

GABRIEL. Quiero ir á la Formentera... y permitidme una observacion. Si no hubiéseis calumniado á Leonor Mendoza, no sería dama del Rey, y no sería yo desterrado por ella: ya veis que el decir mal de una persona puede incitarle á que lo haga, y que el mal que hiciere, puede recaer en el que la calumnió.

CONDE. En cambio de tu observacion permíteme otra más oportuna. Tu partida urge, y no hemos ajustado cuentas aún: ventilemos este negocio. Tú aún no has querido recibir ni una blanca de mí; pero me parece que ahora...

GABRIEL. Sí; ahora tengo que pedirlos...

CONDE. Mil ducados voy á traerte por lo pronto: desde Valencia me avisarás de lo que necesites.

GABRIEL. No es dinero lo que necesito de vos, señor Conde, sino cosa que vale más.

CONDE. Qué hay que valga más que el dinero?

GABRIEL. Entre caballeros la honra.

CONDE. En verso así se dice; en prosa, poco practicado se ve.

GABRIEL. A propósito de verso y de prosa: lo que yo tengo que pedir es, en prosa, una declaracion; y en verso, una sustitucion.

CONDE. Sobre qué y de qué?

GABRIEL. Aquellas décimas tan famosas contra el Duque

- de Lerma, que tanto contribuyeron á su caída, son vuestras?
- CONDE. ¡Cuántas veces y de cuántas maneras me lo habrás preguntado! Sal por fin de penas, hombre. Sí: mías son.
- GABRIEL. Ya tengo la declaracion deseada: vamos á lo otro.
- CONDE. Qué es?
- GABRIEL. Que me habeis de hacer el inestimable favor de alterar en las décimas susodichas lo que se dice de una persona.
- CONDE. Qué persona?
- GABRIEL. Jorge Tovar.
- CONDE. Y ¿en qué sentido se ha de hacer la variante?
- GABRIEL. En sentido favorable á Jorge.
- CONDE. ¿Cómo! ¿una retractacion!
- GABRIEL. Una correccion de estilo: cambiar lo injurioso en... en reverente.
- CONDE. Y ¿por qué he de hacer yo ese cambio?
- GABRIEL. En obsequio de la verdad.
- CONDE. Verdad ó mentira, esas coplas no han traído perjuicio ninguno á Jorge. Apenas tuvo noticia de ellas, apenas comprendió que podia perder su secretaría del Patronato, acudió á las Descalzas Reales á informar á su hija la monja; la monjita acudió á la Infanta, monja tambien, Doña Margarita; Su Alteza Descalza puso dos letras al Rey su sobrino, y Jorge permaneció inmóvil en su puesto cuando Uceda y los suyos rodaron.
- GABRIEL. Permaneció en su puesto porque le fué muy fácil justificarse de la primera acusacion que se le dirigia: presentó sus cuentas, y se vió que no era hombre que usurpaba lo ajeno.
- CONDE. Llamar á uno ladrón es un dicho...
- GABRIEL. Que hace maniobrar al verdugo, que produce ahorcados.
- CONDE. De la clase de ministros nó: á lo sumo se les degüella, como á Don Rodrigo Calderon. Y eso ocurre tan de tarde en tarde!.... ¿Cuándo volverá á ver Madrid otro degollado Marqués!..
- GABRIEL. Pero vos acusásteis tambien á Tovar de judío.
- CONDE. Causa bien singular de desconsuelo!  
Judío fué David, y está en el cielo.

**GABRIEL.** Ah! ¿vos no sabeis qué de lágrimas de amargura han corrido en casa de Jorge! Si hubiérais visto á aquel venerable viejo ahogado de pena, abrazado con su virtuosa consorte, decirle sin poder casi articular las palabras: «Yo no he dudado jamás de mi fe; pero me parece imposible que me hayan dirigido tan horrorosa acusacion sin motivo alguno: ¿habrá habido entre mis ascendientes algun infeliz que haya dado lugar á tan fea nota!» Si le hubiérais visto pasar las noches en claro revolviendo los papeles de su familia! estremecerse al entrar en una iglesia donde habia listas de penitenciados por el Santo Oficio! recurrir en fin á la Inquisicion misma, pidiendo que mirasen en sus negros registros si algun Tovar habia ocupado sus calabozos!...

**CONDE.** Pero si yo no entro en casa de Tovar, ¿cómo he de saber esas menudencias?

**GABRIEL.** Pero bien habréis podido advertir que en solos dos años ha envejecido Tovar por doce; que su esposa no se deja visitar de nadie, que sus dos hijos huyeron de la Corte, desesperados por no poder atajar la calumnia ni castigarla.

**CONDE.** Yo no he advertido nada de eso; lo que sí advierto es que tomas á tu cargo la defensa de un hombre, con el cual yo no sé qué relaciones te unen.

**GABRIEL.** Las de hijo con padre, señor Conde de Villamediana.

**CONDE.** Hijo tú!... Hijo vos de Tovar!

**GABRIEL.** Hijo natural, señor Conde.

**CONDE.** ¿Con que el bienaventurado Tovar tambien ha tenido sus!... Quién habia de figurárselo? Y ¡á su hijo de ganancia me le ingiere en casa para buscar mi pérdida!

**GABRIEL.** Mi padre no me conoce aún; me supone en Valladolid con la persona que me ha criado. Mio exclusivamente fué el pensamiento de relacionarme con vos...

**CONDE.** Para apoderaros de mis secretos, y logrado que hubiéseis vuestro vil espionaje, ir con el soplo al dignísimo engendro del áureo alcázar de Neron.

GABRIEL. No, porque os he jurado no descubriros, y ahora os voy á prestar otro juramento áun más importante.

CONDE. Si es porque os crea, jurais en vano.

GABRIEL. Por mi madre, que es esposa de Dios, os prometo que, pues os veis en temible riesgo por vuestros últimos escritos, me los atribuiré yo y ofreceré por vos mi vida, si reparais la ofensa hecha á mi noble padre.

CONDE. Gabriel...

GABRIEL. Se supone, salvando siempre vuestro decoro: bastaria con una palabra benévola para aquel anciano afligido.

CONDE. Gabriel, advertid...

GABRIEL. Una palabra que no necesitariais pronunciar: podria mediar un amigo vuestro, una persona de virtud y respeto como el padre Simon de Rojas ó la Infanta Descalza, segun vos decís.

CONDE. Gabriel, vos me pedís una retractacion, y podeis delatarme; pero si yo os envio á la gloria de una estocada, me excuso la retractacion y aseguro mejor mi secreto. Me habeis ofrecido vuestra vida: la acepto en esta forma. Tomad vuestra espada.

GABRIEL. Tomad vos la pluma; extended la declaracion, y en seguida combatiremos. (*Coge la espada.*) Si triunfais de mí, queda á vuestra disposicion el papel.

CONDE. Pero, hombre, si yo peleo por no escribirlo.

GABRIEL. Y yo no riño como no lo escribais. Y como urge mi partida, me permitiréis ir á despedirme de vuestro confidente y mi casero Santoyo, y de otra persona. (*Se ciñe la espada.*)

CONDE. (*Aparte.*) Atajarle la salida no puedo; y si sale y quiere venderme, poco tiempo le basta.

GABRIEL. Señor Conde, fuera de aquí, tengo, de mi letra ordinaria, vuestras sátiras últimas y dos ó tres composiciones amorosas que me habiais dado á copiar: me quedo con todas, porque si llega el caso, me propongo sostener que son mias.

CONDE. Tovarito... sois un plagiario singular: ¡ al autor mismo le anunciáis en su cara el plagio! Es una especie de insolencia magnánima, que me sedu-

ce. Pues, porque todo nace de un afecto muy noble... el amor filial.—Id á ver si hallais á Santoyo, y decidle de mi parte que venga.

GABRIEL. ¡Aquí!

CONDE. Por qué no? El, vos y yo somos los tres que saben el secreto del pasadizo. Quiero tratar con él la manera de complaceros.

GABRIEL. Ah, señor!

CONDE. Cesará el duelo de casa de Jorge, Gabriel.

GABRIEL. Me habréis hecho un gran beneficio; pero os lo pagaré, señor Conde, os lo pagaré. (*Gabriel saluda respetuosamente al Conde, toma del armario la capa y el sombrero, y se vá.*)

## ESCENA VIII.

EL CONDE.

«Os lo pagaré.» Vaya si me lo pagará! Si me hace de buena fe ese ofrecimiento, yo le aseguro, de buena fe tambien, que el dar la tal satisfaccion al padre rabino le ha de costar al judihuelo una pesadumbre. Soy Correo mayor, y ¡un zagal me ha corrido! al fin de la jornada veremos quién se tiene á caballo. En fin, con Olivares tengo que negociar: negociemos tambien con Jorge. ¡Con que está el Rey tan airado conmigo, porque le echo á la calle su primer galanteo! Eh! si acaba de cumplir diez y siete años; si apenas tiene barba que rasurarse, y es esposo de una linda princesa, qué más necesita? Y ella le ama. Yo traté de derribar á Olivares interesándola en mi favor, y nada alcancé. Estoy divertido: mi Reyecito me amenaza, Gabriel me sorprende, y la covachuelista del Cármen se rie de mí. Pues de alguién he de reirme yo. Escribamos á Don Luis de Haro para que se vea con Olivares y con Tovar.—Abren la puerta: será Santoyo. (*Escribe.*)

## ESCENA IX.

SANTOYO.—EL CONDE.

SANTOYO. (*Dentro.*) No hay que tener cuidado: soy yo.

CONDE. Adelante.

SANTOYO. Estoy á vuestras órdenes, señor Conde.

CONDE. Vas á llevar una esquelita á casa del Marqués del Carpio.

SANTOYO. Para el señor Marqués ó para su hijo?

CONDE. Para el hijo, para Don Luis.

SANTOYO. Gabriel, segun me ha dicho, se marcha.

CONDE. Le hacen marchar; pero no le da gran cuidado.

SANTOYO. No dejará de darle, no.

CONDE. Por qué?

SANTOYO. Porque tiene amores.

CONDE. Con quién?

SANTOYO. Con esa muchacha de las covachuelas del Carmen, la Francesilla.

CONDE. Cómo! ¡La Paula Reina!

SANTOYO. La reina de las Paulas y áun de las Antonias.

CONDE. La reina de todas las hermosas de España. Pero... ayer me viste, y no me dijiste palabra ayer.

SANTOYO. Lo he sabido hoy.

CONDE. Gabriel enamorado de Paula! ¿No vive esa Paula en una casa que tú me administras?

SANTOYO. La de la calle de Rompelanzas.

CONDE. Y ¿estás bien seguro de que esa chica...

## ESCENA X.

JUSEPA.—EL CONDE. SANTOYO.

JUSEPA. (*Dentro.*) Señor Santoyo! abrid.

SANTOYO. Oís? La hermanilla de Paula. Vendrán á despedir á Gabriel.

CONDE. Muéstrale este billete, ciérrale luégo y llévale. Di además á Gabriel que en Vallecas me despediré de él: que me aguarde á la entrada.

- JUSEPA. (*Dentro.*) Os habeis dormido, señor casero?  
SANTOYO. Ya voy. (*Va á abrir.*)  
CONDE. Gabriel amante de Paula Reina! ¡Por eso se mostraba tan esquiva la niña! Le ha de pesar al mocito ése el haberme burlado. (*Éntrase por el armario y cierra.*)

## ESCENA XI.

GABRIEL, *con unos papeles en la mano.*—PAULA. JUSEPA. SANTOYO.

- GABRIEL. (*A Santoyo.*) En Vallecas esperaré.—Esos trastos los recogerá la prendera que los alquila.  
SANTOYO. Yo le haré entrega de ellos.  
JUSEPA. La maleta quiero arreglarla yo.  
GABRIEL. No, deja...  
JUSEPA. He de ser yo... con ayuda del señor Santoyo.  
GABRIEL. Vaya, pues pon estos papeles en ella.  
SANTOYO. (*A la niña.*) Yo te ayudaré en viendo si me quedan sanos los vidrios. (*Éntranse por la derecha.*)

## ESCENA XII.

GABRIEL. PAULA.

- PAULA. ¿Con que te me ausentas, Gabriel!  
GABRIEL. Paula, me separan de tí.  
PAULA. Pasaré mucho tiempo sin verte?  
GABRIEL. No... Me parece que no. Cuando el Gobierno busca dinero por todas partes, destierros como el mio fácilmente se rescatan con oro. Mi abuelo es rico, y por mí no le duele gastar.  
PAULA. ¡Esta separacion, cuando hace tres dias que aquella carta de tu madre me dió el gozo mayor que he tenido en mi vida!  
GABRIEL. En el cariño que á mi madre y á su padre les debo, su beneplácito para nuestra union era indefectible. Ya los verás á entrambos, y los amarás como yo.  
PAULA. Pero con su cariño y el de tu Paula, ¿qué más

querias? ¿Por qué te has hecho instrumento de ese hombre que no quieres nombrarme? Para maldecirle, no necesito saber quién es.—No merecias que te mantuviese en mi memoria.

### ESCENA XIII.

JUSEPA, desde la puerta de la derecha.—Dichos.

PAULA. Si eso de la memoria lo dices por el relicario que le regalas, ya no le saco de la maleta, por no revolver. (*A Gabriel.*) Quería que no lo supieras: con que hazte cuenta que no he dicho palabra. (*Éntrase.*)

### ESCENA XIV.

GABRIEL.—PAULA.

GABRIEL. Paula mía, tú no me conoces aún. Yo te ví, yo te amé; con los ojos y con mis papeles te dije mi amor hartas más veces que con mis labios; casi no me has consentido que te hable sino en presencia de embarazosos testigos. Por eso no he podido aún darte á conocer cuál era mi amor; pero yo creía que si el tuyo era grande, leal, decidido, capaz de resistir á la ausencia y al tiempo; en el tuyo, como en un espejo, podías mirar el de tu Gabriel. La imprudencia, la temeridad tal vez, que momentáneamente me desvia de tu dulce lado, tiene un origen muy respetable, Paula mía: mi padre no me ha visto nunca, y yo quería presentarme á mi padre llevando en la mano una firma difícil de arrancar á una diestra aleve, una prenda más preciosa si cabe que la que tu amor me regala. ¿Que no siento el partir! Pues qué! ¿no sé yo lo que vales? ¿No sé que este tesoro me lo codician muchos? Paula, yo marchó á un destierro, á una torre solitaria quizá entre las olas del Mediterráneo... tú quedas en la Corte de España, al pié de la Lonja del Cármen.

PAULA. Sí, donde me ven todos, donde todos tienen licencia de hablarme, donde algun poderoso me solicita.

GABRIEL. Un poderoso! Quién es, Paula? Dimelo: quién?

PAULA. Aun no lo sé, me ha escrito sin nombrarse.

GABRIEL. Muéstrame sus cartas: ántes de partir he de verlas.

PAULA. De esos papeles no conservo sino una parte: quemo lo escrito, me quedo con lo blanco, y dibujo encima.

GABRIEL. Paula! Paula! el poderoso que te escriba, tiro hace á tu honor.

PAULA. Oh! no debo temer: ¡bien á mano estarás para defenderme!

GABRIEL. Paula! Hoy parto; yo te juro que pronto volveré.

PAULA. Vuelve, sí, Gabriel mio; vuelve muy pronto: tu pobre Paula, tan alegre y tan animosa cuando no amaba, tiene miedo de quedarse sin tí.

## ESCENA XV.

EL ESCRIBANO, SANTOYO y JUSEPA, *que van saliendo sucesivamente.*—GABRIEL. PAULA. *Despues, MATEO.*

ESCRIB. Última vez que os molesto por hoy. Tengo que dar fe de que os he visto partir.

SANTOYO. Todo está sano y limpio, sobre todo el fogon: se conoce que comiais en la hostería.

JUSEPA. *(Cruzando el teatro desde la puerta de la derecha á la de la izquierda.)* Señor Alonso, ya podeis coger la maleta. *(Sale Mateo, pasa á lo interior y vuelve con una maleta.)*

GABRIEL. Es llegado el momento. Paula! bien mio! A Dios!

PAULA. Gabriel... A Dios! Vuelve pronto, Gabriel.

JUSEPA. Gabriel, abrazadme á mí tambien. Vaya!

GABRIEL. Qué quieres que te traiga, Jusepa?

JUSEPA. Traedme al novio de mi hermana... y unos cacacolillos del mar. *(Vanse todos ménos, Santoyo.)*

## ESCENA XVI.

EL CONDE, *que sale por el armario*.—SANTOYO.

CONDE. Santoyo!

SANTOYO. Señor!...

CONDE. Echa mañana á la Francesilla del cuarto que habita.

SANTOYO. Si lo tiene pagado hasta San Miguel.

CONDE. Echala con cualquier pretexto. Haz obra en la casa, derríbala si es menester.

SANTOYO. Es que si no halla pronto donde mudarse...

CONDE. Has de hacer que se mude aquí.

SANTOYO. A este cuarto?

CONDE. A este mismo, Santoyo. Ofrécese de balde...

No, que no aceptaria. Ofrécese de manera que se mude al instante.

SANTOYO. Ya.—Supongo que la comunicacion por el armario no habrá de saberla.

CONDE. Ya la sabrá cuando llegue el caso.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

## ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto primero, con otros muebles. Un farol encendido, y dos candeleros con vela sobre una mesita con cajon.

### ESCENA PRIMERA.

PAULA. JUSEPA.

JUSEPA. Paula mia, por Dios...

PAULA. Jusepita, no puede ser. Coge el farol y vámonos.

JUSEPA. Tambien esta noche dormimos en la covachuela?

PAULA. Lo mismo que las dos pasadas. Anda, hermosa, que va haciéndose tarde.

JUSEPA. Miren que es mucho! Porque no tiene cerrojo esa puerta ni las de adentro, se te ha figurado que no es muy segura esta casa. Cerrojo tiene la puerta de calle y la de entrada al cuarto: ¿qué falta hace más?

PAULA. Cuando tomé este cuarto, dije al casero que me habia de poner á esas puertas cerrojo: tres dias van desde que nos mudamos, y uno con una excusa y otro con otra, los cerrojos están sin poner. No me gusta una habitacion asi. Mañana los mandaré yo poner á mi costa, y traeremos aqui las camas; esta noche dormimos allá.

JUSEPA. Dormirás tú; que yo, en claro me la llevaré como la pasada y la antepasada. Yo ¡que tengo un miedo tan grande á los muertos!... y en la Lon-

ja del Cármen, encimita de nuestra covachuela, enterraron un jorobado anteayer!

PAULA. ¡Una chica de tanto juicio como tú...

JUSEPA. De día me estaré sola en el sotanillo desde el alba á las oraciones: maldito el cuidado que me da, porque ya se sabe que los difuntos duermen con el sol; así que anochece, me atraganto de susto. En acostándome, se me figura que el techo se va escurriendo, se va poco á poco bajando, bajando; y luégo se abre, y el atahud con el jorobado se me descuelga sobre la cama.

PAULA. Esta noche será la última que nos recojamos allí: tendremos luz, yo trabajaré á ratos, y lo demas lo pasaremos en conversacion ó rezando.

JUSEPA. Rezar, vaya: puede que rezando me duerma. Pero si voy á soñar con el vecino del entresuelo! Tambien tú soñabas anoche con buena congoja... y decias, decias tantas veces...

PAULA. Qué?

JUSEPA. Ese nombre nuevo con que te han confirmado.

PAULA. ¿Cómo!

JUSEPA. Hace unos días que en lugar de Francesilla, te llaman Francelisa.

PAULA. Jusepa!... Calla!

JUSEPA. «Hola, Francelisa! ya sabemos quién es el dichoso!» Cuántos te decian esto!ayer! ¡Qué hatajo de brutos! Ninguno habia conocido ántes que querias á Gabriel.

PAULA. Basta, vámonos.

JUSEPA. Aguarda un poco: tú me has predicado contra el miedo, y yo te quiero predicar contra la tristeza. Eh! no hay por qué afligirse. Gabriel te ha escrito desde el camino que esperaba volverse pronto: con que es menester que tengas buen ánimo... y que estés en lo que haces. Mira que ayer en la tienda no parecias la misma: tan aturdida... tan sofocada!... ¿Qué te decian al oido?

PAULA. Nada percibiste?

JUSEPA. Absolutamente nada: y eso que no dejé de atender. Pero si tambien me atolondraban á mi! En fin, todos los dibujos que habia, recientes y añejos, todos se despacharon. Lo que me choco

- fué que apénas entró una mujer á comprar ni encargar.
- PAULA. Jesus!...
- JUSEPA. Y una porcion de parroquianas, señoronas y señoruelas, pasaron por la acera de enfrente sin saludarnos. La marquesa de Toral, la letrada de la calle de Sal-si-puedes, la alquiladora de coches de la calle de Noramala-vayas....
- PAULA. Coge, coge el farol.
- JUSEPA. Voy á llevarme qué leer. (*Toma el farol y se entra por la derecha.*)
- PAULA. Dios mio! ¿qué he hecho yo para que todo el mundo así se me atreva? ¿Quién es el que me quita el crédito? Si llegara á saberlo Gabriel!... (*Vuelve Jusepa con un papel.*)
- JUSEPA. Este papel estaba entre las jácaras que me llevo.
- PAULA. A ver.
- JUSEPA. Calla! Es una copla que te han sacado.
- PAULA. Dame, dame: no leas.
- JUSEPA. Oh! Si es muy linda! Óyela. (*Lee.*)  
Francelisa la bella  
ya tiene dueño:  
la noticia se sabe  
por el correo.  
Guapo de rumbo,  
alcanzóla el que corre  
más que ninguno.
- PAULA. (*Aparte.*) El Correo mayor! ¡El Conde de Villamediana! Oh!
- JUSEPA. Vítor el poeta! Me gusta. Muy bien!
- PAULA. Querida hermana, tú sabes que esa es una calumnia atroz.
- JUSEPA. No es sino la pura verdad. Este guapo de rumbo es Gabriel.
- PAULA. ¿Gabriel!
- JUSEPA. Gabriel, soberbio jinete, que pretendia entrar de picador en Palacio. ¿No viste qué bien manejaba la mula que le trajo Mateo! Consolaos, Francelisa la bella... Ahora lo comprendo: te llaman así porque habrá corrido esta seguidilla toda la Corte.
- PAULA. Si supieras lo que me afliges!...
- JUSEPA. Alégrate, Paula: siendo corredor tan famoso el

amigo ausente, volverá corriendito. Ea, vamos á velar al difunto del Cármen.  
(*Lllaman á la puerta de calle.*)

PAULA. Quién es?

VOZ. (*Dentro.*) Venid á verlo.

JUSEPA. Abro?

PAULA. No, no: quiero yo conocerle. (*Toma la luz y se vá por la izquierda.*)

## ESCENA II.

JUSEPA.

Fama tenia Paulita; pero segun va, ni Lope de Vega. Le componen seguidillas, romances... Francelisa la llaman tambien en aquel romance del galan desdeñado.—Francelisa... No atino por qué le suena mal ese nombre... Francelisa la bella... Si es mote, es bonito... y á ninguna fea se le puede poner.

## ESCENA III.

EL ALCALDE. PAULA.—JUSEPA.

PAULA. Pasad, señor Alcalde, pasad.

JUSEPA. El señor Francos de Garnica! Tenga usiría muy buenas noches, señor Alcalde.

PAULA. Enciende esas velas, Jusepa.

ALCALDE. Niña, déjanos á solas un rato.

JUSEPA. Obedezco á usiría con muchisimo gusto. (*Enciende las luces, toma el farol y se entra por la derecha.*)

## ESCENA IV.

EL ALCALDE. PAULA.

ALCALDE. Paula, á estas horas, algo extrañareis mi visita.

PAULA. Un poco me inquieta, señor Alcalde.

ALCALDE. Vengo por vuestro bien, y he procurado que

- no me vean. (*Se sientan.*) ¿Qué relaciones tenéis con Gabriel Jimenez?
- PAULA. Su madre y su abuelo aprueban que se case conmigo.
- ALCALDE. ¿Cómo es que se os atribuyen públicamente muy otros amores?
- PAULA. Ah señor Juez! qué os podré yo decir? Yo gozaba de una reputacion sin mancha; la paz y la alegría de una conciencia pura me acompañaban en mi reducido obrador, en la calle, en el lecho: estimada de los ancianos, obsequiada honestamente por los jóvenes, me respetaban todos;—y de pronto veo que huyen de mí las damas, los vecinos me escarnecen, los disolutos me solicitan con escándalo, me insultan con suposiciones las más injuriosas... suposiciones que son una horrible mentira, señor Alcalde, que no tienen el más leve fundamento de verdad.
- ALCALDE. Y sin embargo, la voz que os acusa es tan general y de tal enemiga, que esta noche las placeras del barrio trataban de daros una cencerrada afrentosa.
- PAULA. Yo no soy culpada, os lo juro: defendedme, por la pasion de Nuestro Señor.
- ALCALDE. A eso vengo: parte de mi ronda está esparcida por las inmediaciones, parte junto á la puerta. Mas ¿cómo se ha formado, qué origen ha tenido esa mala voz? Supongo que sabréis la copla que...
- PAULA. Ya me la han dicho al oido en la covachuela, señor; ya me la han dado escrita; creo que sin el respeto que inspiran los pocos años de mi hermana, me la hubieran cantado.
- ALCALDE. Esa copla, divulgada precisamente cuando el Gobierno dispone rigorosas medidas para la reforma de las costumbres, ha producido malísimo efecto... y alguna causa debe tener. ¿Qué ha mediado entre vos y el Correo Mayor?
- PAULA. Señor, yo apenas conocia de vista al Conde de Villamediana; de oidas si, nada ventajosamente por cierto. Habia oido contar de él que de todo el mundo habla mal, y que por eso le habian ya desterrado; que, despues que enviudó, á la mu-

per más honrada se atreve; que una habia muerto, por causa del Conde, á manos de un marido celoso; en fin, que hasta habia sido capaz de...

ALCALDE. Acabad.

PAULA. Esta primavera se dijo que representándose en Aranjuez no sé qué comedia del Conde, en cuyo espectáculo figuraba la Reina, prendió el Conde fuego á unas colgaduras, para sacar á la Reina en brazos. Tal es la opinion que tenia yo del señor Conde de Villamediana.

ALCALDE. Y ¿cómo es que ahora...

PAULA. Hará un mes cumplido que al retirarme con mi hermana (siendo ya de noche) desde la covachuela del Cármen á mi habitacion en la calle de Rompelanzas, un hombre embozado me solia decir al paso alguna expresion galante y decente; yo continuaba mi camino sin ladear la cabeza. En mi casa tropecé con papeles echados allí por debajo de la puerta: el que me los escribía afirmaba ser persona de alta posicion, y me hacia cuantiosas ofertas: rasgué los papeles. Por fin, la noche del dia en que Gabriel salió de Madrid, habiéndose quedado detras mi hermana, porque un paje la detuvo de intento, el embozado se llegó á mí á la puerta de mi casa, y me habló; por primera vez le miré, y conocí que era el Conde de Villamediana.

ALCALDE. Y vos entónces...

PAULA. Imaginad cómo le responderia yo que pocas horas ántes habia visto partir á Gabriel. Llegó Jusepa; se fué irritado el Conde, ágriamente despedido por mí; al otro dia me envió con unos versos unas joyas de gran valor; devolví las joyas, me quedé con los versos; no le he vuelto á ver desde entónces, y todos me dicen que ese hombre ha triunfado de mi honra.

ALCALDE. Teneis ahí á mano esos versos?

PAULA. No sé dónde los he confundido, porque he andado hoy como loca... loca, señor Alcalde. Tal vez mi hermana... Con vuestro permiso. (*Levántase y llama.*) Jusepa!—Ella es tan curiosa y tan amiga de leer...

## ESCENA V.

JUSEPA.—EL ALCALDE. PAULA.

JUSEPA. Qué quieres?

PAULA. ¿Has visto unos versos... un romance que...

JUSEPA. Mujer, tú tienes la cabeza perdida: ya me preguntaste por ellos, y te convenciste de que por fuerza se los habías dado á un comprador ú otro, envolviendo en ese papel un dibujo.

PAULA. Ay! Tienes razon.—Distraida, le di; y no puedo recordar á quién. Ya no es posible que lo veais.

JUSEPA. Verlo no; pero si el señor Alcalde se contenta con oirlo, yo sé de memoria el romance.

ALCALDE. Pues ¿cómo!

JUSEPA. Lo lei tres veces: no necesitaba yo más.

ALCALDE. Vaya, pues recítánoslo.

JUSEPA. Dice arriba, de letra gorda: «A Paula Reina, la Francesilla:» luégo entra así:

¿Para quién, Amor, tu diestra (1)

tan solícita se armó

con tanto encendido rayo,

con tanto punzante arpon?

Para quien no se resiste,

bastaba fuerza menor:

ya conoce tu inclemencia

mi rendido corazon.

Son mis amores reales:

ciego niño, ciego diós,

vuelve á tu aljaba las flechas:

en tierra postrado estoy.

ALCALDE. ¿Qué quiere decir eso de *amores reales*, Paula!

JUSEPA. Como se llama Paula Reina...

ALCALDE. Es verdad: sois Reina de apellido.

JUSEPA. Los amores con Paula Reina son reales amores: paulares ó paulinos; pero sin disputa reales. Y sigue:

---

(1) En este romance de Villamediana, y en un soneto que se verá en el acto tercero, se ha variado algo el texto original.

Francelisa, cuyos ojos  
mi culpa y disculpa son,  
dulcísimo laberinto,  
de mil almas perdedor;  
si no olvida quien bien ama,  
no esperes que olvide yo;  
que no escarmientan desdenes  
al que adora tu rigor.  
Causa de mi mal hermosa,  
que con negros rayos sol,  
haces á las hebras de oro  
vencedora emulacion;  
permite que á las cadenas  
que amor tan puro forjó,  
no se les atreva el tiempo  
ni la desesperacion.

**ALCALDE.** Por ese romance no se puede hacer cargo á la persona que lo escribe: respira sumision y ternura sin asomo de resentimiento.

**JUSEPA.** Sí: fiad en la blandura de ese Conde galopo! Con un papel requiebra, y con otro araña.

**ALCALDE.** Cómo sabéis que es de un Conde ese escrito?

**PAULA.** ¿Nos has escuchado!

**JUSEPA.** Como el señor Alcalde no me dijo que no escuchase...

**PAULA.** Este sonrojo me faltaba!

**ALCALDE.** Retiraos al zaguan: acompañad al Escribano.

**JUSEPA.** Paula, créeme: el Conde es el que te quita el crédito, ese lengua de hacha es.

**ALCALDE.** ¿Teneis algun motivo para...

**JUSEPA.** Pues ¿no está claro? El Conde ha querido á mi hermana; mi hermana no le ha querido á él; y él, de rabia, la acusa para que ninguno la quiera. Alcalde habia yo de ser hoy; que cuando no me le azotasen mañana temprano, como á la embustera de Guadalajara... Perdone usiria la indirecta, señor don Diego: me voy al zaguan.  
(Váse.)